

corrupción que produjeron la enfermedad, el remedio que la evita.

¿Son mentira sus personajes?

No.

Los amores de *Teresa* y *Lorenzo* son la satisfacción de una necesidad; el crimen que ambos cometen es consecuencia de su adulterio; y lo acatan como acatan los lobos la matanza de los corderos: como cosa natural.

Colocando frente á frente un varón potentísimo y una hembra insaciable, Zola quiso buscar en ellos la bestia y no ver sino á ella: lo consiguió, verificando en los cuerpos vivos ni más ni menos que el trabajo analítico del cirujano sobre los cadáveres.

Teresa y *Lorenzo* nada tienen de inmoral ni que pueda excitar las malas pasiones. En esta novela, como en todas las suyas, el insigne novelista predica el bien pintado sin misericordia los extremos del mal. Por esto los puñetazos que asestó la crítica á TERESA RAQUIN, perdiéronse en el vacío como ha ocurrido siempre que se ha tratado de una nueva obra del maestro.

Completamente desacreditado hoy el vicio de la paráfrasis y entendiendo que una traducción ha de ser siempre fiel producción de lo que se propuso escribir el autor y no una interpretación, he tratado de dar á estas páginas el sentido, la cadencia, las imágenes exactas del original, combinándolo todo con la índole y las exigencias del castellano, pero observando siempre en lo posible el literalismo.

La perfección es en cierto modo inasequible. Si hay quien desee saborear toda la belleza de un modelo: Vuelva los ojos al original.

ANTONIO DE NAIT.

TERESA RAQUIN

I

En el extremo de la calle Guénégaud, más próxima á los muelles, hállase el pasaje del Pent-neuf, una especie de corredor estrecho y sombrío, que va desde la calle Mazarine á la de Seine. A lo sumo mide este pasaje treinta pasos de longitud por dos de anchura; está empedrado con losas amarillentas, desgastadas, removidas, impregnadas de acre humedad; la claraboya que le sirve de bóveda, cortada en ángulo recto, está negra de puro sucia.

En los hermosos días estivales, cuando un sol abrumador abrasa las calles, una claridad dudosa y pálida se filtra por los cristales y parece arrastrarse miserablemente por el pasaje. En los días pésimos del invierno, en las mañanas de niebla, los cristales sólo proyectaban sombras lóbregas y asquerosas sobre el pegajoso pavimento.

A la izquierda hay algunas tiendas oscuras, bajas, medio hundidas, que despiden frías exhalaciones de sótanos. Allí viven libreros de lance, mercaderes de juguetes para niños y de cajas de

cartón, cuyas anaquelerías, cubiertas de polvo, parecen dormir en la sombra; los escaparates, fabricados con pequeños vidrios cuadrados, reflejan sobre las mercancías extraños fulgores verdosos; por dentro, las mismas tiendas y detrás de los mostradores, sumidas en tinieblas, aparecen lúgubres agujeros, en los cuales se agitan formas extrañas.

A la derecha, en toda la longitud del pasaje, extendiéndose una muralla junto á la cual los tenderos del lado opuesto han colocado estrechos armarios; allí hay objetos sin nombre, mercancías olvidadas desde hace veinte años, alineadas sobre endebles estantes de horrible color oscuro. Una vendedora de joyas falsas se instaló en uno de aquellos armarios, para exhibir sortijas de á tres reales cuidadosamente colocadas en blando lecho de veludillo azul, en el fondo de una caja de caoba.

Por encima de la cristalería del pasaje descuella el muro negruzco, groseramente revocado, cual si estuviese cubierto de lepra y lleno de costurones.

El pasaje del Pont-Neuf no es sitio de paseo; se cruza para evitar una larga vuelta, para ganar algunos minutos. Es frecuentado por un público compuesto de agentes de negocios, cuya única preocupación consiste en ir deprisa. Se ven por allí aprendices con blusa de trabajo, costureras que van á entregar; hombres y mujeres con paquetes bajo el brazo; se ven también débiles ancianos que se deslizan pesadamente á través del triste crepúsculo y bandadas de muchachos que, al salir de la escuela, acuden allí para armar alboroto corriendo y tacañeando con zuecos sobre las losas. Durante todo el día siéntese el ruido seco y precipitado que con una irregularidad irritante producen las pisadas sobre la piedra; nadie habla y nadie se detiene; cada cual vuela á sus ocupaciones, con la cabeza baja, sin dirigir siquiera una mirada á las tiendas, y hasta los mismos comerciantes observan con cierta inquietud á los transeúntes que por casualidad se detienen delante de los escaparates.

Por la noche alumbran el pasaje tres mecheros

de gas encerrados en oscos faroles cuadrados, suspendidos de la claraboya contra la cual proyectan manchas de una claridad amarillenta, dejando caer sobre el pavimento vacilantes círculos de fulgor pálido, los cuales, á ratos, parecen huir y desaparecer. El pasaje toma entonces el aspecto siniestro de una verdadera ladronera; grandes sombras se extienden sobre las losas, húmedas ráfagas penetran desde la calle; diríase que aquello es una galería subterránea vagamente iluminada por tres lámparas funerarias. Los mercaderes se conforman con el alumbrado que les proporcionan los débiles resplandores que derraman sobre sus escaparates los tres mecheros de gas, y encienden solamente en el interior de sus tiendas una lámpara con pantalla, que colocan en un extremo del mostrador, y los transeúntes pueden distinguir entonces lo que hay en el fondo de aquellos agujeros donde de día reside la noche. En la negruzca línea de los escaparates se destacan las vidrieras de un fabricante de cajas de cartón: dos lámparas de esquisto rompen allí la sombra con sus llamas amarillentas. Y del otro lado, una vela, colocada dentro de un tubo de quinqué, siembra chispas de luz sobre una caja de joyas falsas. La vendedora, con las manos escondidas bajo el chal, dormita en el fondo de su angosto armario.

Hace algunos años, en frente de esta vendedora, hallábase una tienda, cuyos escaparates de un color verde botella rezumaban humedad por todas las rendijas. La muestra, un tablón angosto y largo, ostentaba en letras negras esta palabra: *Mercería*; y sobre uno de los vidrios de la puerta aparecía escrito en caracteres rojos un nombre de mujer: TERESA RAQUIN. A diestra y siniestra hallábanse hondas vitrinas empapeladas con papel azul.

Durante el día, la vista más perspícaz sólo podía distinguir desde fuera el escaparate, envuelto en una suave penumbra. Había á un lado diversos objetos de ropa blanca, tales como gorros de muselina, camisetas, medias, calcetines, tirantes, etc.; todo ello, ajado, amarillento, estaba suspendido

de ganchos de alambre. El escaparate, de arriba abajo, hallábase lleno de andrajos blancuzcos que ofrecían un aspecto lúgubre en la obscuridad transparente. Los gorros nuevos, de un color blanco más puro, simulaban manchas sobre el papel azul de los estantes. Colgados de una varilla los calcetines de color proyectaban notas sombrías en el vago y blanquecino desvanecimiento de la museína. Al otro lado, en una angosta anaquelaría, hallábanse gruesos pelotones de lana verde, botones negros cosidos sobre cartulinas blancas, cajas de varios colores y de todos tamaños, redecillas de cuentas de acero en discos de papel azulado, paquetitos de agujas para hacer calceta, modelos de bordados en tapicería, canillas de cintas; en fin, un hacinamiento de objetos deslucidos, marchitos, que dormían sin duda en aquel sitio hacía cinco ó seis años. Todos los matices habían tomado un color gris sucio, en aquel armario que pudrían el polvo y la humedad.

En verano, hacía el medio día, cuando el sol abrasaba con sus ardientes rayos las plazas y las calles, divisábase detrás de los gorros del otro escaparate, un pálido y grave perfil de mujer joven. Este perfil se insinuaba vagamente en las tinieblas que invadían la tienda. A una frente estrecha y tersa agregábase una nariz larga, delgada, tajante; los labios eran dos tenues líneas de color de rosa pálida; la barba, corta y nerviosa, uníase al cuello por un contorno á la vez suave y grueso. No se veía el cuerpo oculto en la sombra; sólo aparecía el perfil de blanca mate, agujereado por un ojo negro muy abierto, y como sepultado bajo espesa y oscura cabellera. Allí permanecía durante horas enteras, inmóvil y tranquilo, entre dos gorros, en los cuales las varillas húmedas habían señalado mohosas líneas.

Por la noche, una vez encendida la lámpara, veíase el interior de la tienda. Esta era larga y estrecha; en uno de sus extremos había un pequeño mostrador y en el otro, una escalera de caracol que correspondía á las habitaciones del primer piso.

Apoyados en las paredes había vitrinas, armarios, hueras de cajas de cartón verde; cuatro sillas y una mesita completaban el mobiliario. La pieza, en fin, parecía desnuda, glacial; las mercancías empaquetadas y apiñadas en los rincones, no distraían la vista con alegre confusión de colores.

Ordinariamente había dos mujeres sentadas detrás del mostrador: la joven del perfil grave y una anciana de unos setenta años de edad, que sonreía dormitando, y cuyo rostro grueso y plácido aparecía más blanco al reflejar la luz de la lámpara. Un enorme gato atigrado, acurrucado en un ángulo del mostrador, mirábala dormir.

Ma allá, un hombre como de treinta años, sentado en una silla leía ó conversaba á media voz con la mujer joven. Era pequeño, delgado, de aspecto lánguido; tenía cabello rubio deslucido, y escasa barba; su rostro estaba cubierto de pecas: parecía un niño enfermo y mimado.

Un poco antes de las diez de la noche, la anciana despertaba, y toda la familia, después de cerrar la tienda, subía á acostarse. El gato atigrado seguía á sus amos, ronroneando y frotándose la cabeza en los barrotes del pasamano de la escalera.

Arriba, la habitación constaba de tres piezas. La escalera daba á un comedor que servía también para salón y en el cual había, á la izquierda, una estufa de loza colocada en un nicho; enfrente, un aparador: á lo largo de las paredes algunas sillas y en el centro una mesa redonda abierta. En el fondo, detrás de un tabique con cristales hallábase la cocina, oscura; á cada lado del comedor, una alcoba.

La señora anciana, después de abrazar á su hijo y á su nuera, se retiraba á su cuarto. El gato atigrado dormía en una silla de la cocina. Los esposos entraban en su alcoba; este cuarto tenía un postigo interior que daba á una escalera, que comunicaba con el pasaje por un pasillo obscuro y angosto.

El marido, tiritando siempre, agobiado por la fiebre, se acostaba en el acto. Mientras tanto la

Joven esposa abría la ventana para cerrar las persianas, y permanecía durante algunos minutos ante la gran pared negra y toscamente revocada que se eleva y descuella por encima de la galería del pasaje; paseaba por aquella pared una mirada vaga, y á su vez, iba á acostarse silenciosamente, con desdeñosa indiferencia.

II

La señora Raquín era una antigua tendera de Vernón. Durante unos veinticinco años vivió en una tiendecita de aquella población. Algunos años después de la muerte de su marido, sintiéndose ya cansada, vendió su comercio. El importe de la venta, unido á sus economías anteriores, dejó en su poder un capital de cuarenta mil francos, que le produjo una renta de dos mil y que habia de bastarle, pues llevaba una vida de verdadera reclusa, desconociendo por completo los goces y las zozobras del mundo, en su existencia de paz y de sosiego.

Arrendó, por cuatrocientos francos al año, una pequeña casa, cuyo jardín llegaba hasta la orilla del Sena. Era una vivienda aislada, discreta, que despedía efluvios de claustro conventual; un estrecho sendero conducía á aquel retiro, situado en medio de una ancha pradera, y las ventanas daban al río y á los escollos desiertos de la otra orilla. En aquella soledad se encerró la buena señora, que habia pasado ya de los cincuenta años, y gozó serenas alegrías entre su hijo Camilo y su sobrina Teresa.

Camilo tenía entonces veinte años. Su madre le mimaba cual si fuese niño todavía, y le adoraba por haberle disputado á la muerte durante una larga juventud de sufrimiento. El muchacho padeció sucesivamente todas las fiebres y todos los achaques que imaginarse puede; la señora Raquín sostuvo una lucha de quince años contra aquellos males terribles, que llegaban, uno tras otro, á arrebatarle

su hijo; y los venció con su paciencia, con sus cuidados, con su adoración.

Camilo, salvado de la muerte, creció, pero quedó como sujeto á las violentas sacudidas que habian lastimado su naturaleza: detenido en su desarrollo, era pequeño y enclenque, y sus débiles miembros padecieron movimientos de cansancio. Amábale más aun su madre por esa misma debilidad que le encorbaba: ella miraba con alegría de triunfo el rostro pálido del hijo de sus entrañas, y se decía que ella le habia devuelto la vida más de diez veces.

En los contados ratos de descanso que le dejaron sus enfermedades, el niño siguió los cursos elementales en una escuela de comercio de Vernón, donde estudió la ortografía y la aritmética; todo su saber quedó reducido al superficialísimo conocimiento de la gramática y de las cuatro reglas; más tarde recibió lecciones de escritura y de contabilidad. La señora Raquín temblaba cuando alguien le aconsejaba enviar á su hijo al colegio; ella sabia que su hijo se moriría si se apartaba de su lado; los libros le matarían. Camilo, pues, quedó ignorante, y su ignorancia fué en él una debilidad más.

A la edad de dieciocho años, ocioso, fastidiándose infinitamente con los cuidados que le prodigaba su madre, entró de dependiente en casa de un comerciante de telas ganando sesenta francos mensuales. Su espíritu inquieto, haciale insoportable la ociosidad; hallábase más tranquilo y mejor de salud en su trabajo brutal, en aquel trabajo de empleado que le hacía estar durante todo el día encorvado sobre facturas, inspeccionando sumas enormes cuyas cantidades deletreaba con paciencia.

Por la noche, rendido, vacía la cabeza, disfrutaba de infinitos goces en el fondo de su embrutecimiento que se apoderaba de él. Tuvo necesidad de reñir con su madre para entrar en casa del comerciante, porque ella quería tenerle siempre á su lado, entre dos mantas, lejos de los accidentes de la vida; pero el joven habló como amo y señor, y pidió trabajo lo mismo que otros niños piden juguetes,

no por espíritu de deber, sino por instinto, por necesidad de su naturaleza. La ternura y los sacrificios de su madre le habían dado un egoísmo feroz; creía amar á los que le compadecían y le acariciaban, pero en realidad vivía aparte, para sí mismo, no ambicionaba más que su propio bienestar, y procurando aumentar sus goces por todos los medios posibles; cuando el cariño enternecedor de la señora Raquín le hastió se lanzó resueitamente, con verdadera delicia, á aquella ocupación estúpida, que le libraba de las tisanas y los potingues. Por la noche, de regreso del escritorio, corría á la orilla del Sena con su prima Teresa.

Teresa iba á cumplir dieciocho años. Un día, dieciséis años antes, cuando el capitán Degans, que acababa de llegar de Argelia, la puso en los brazos una niña.

—He ahí una niña—dijo él sonriendo—de la que eres tía... Su madre ha muerto... yo no sé qué hacer de ella... Te la doy.

La mercera cogió á la niña, sonrióla y besó sus mejillas sonrosadas. Degans permaneció ocho días en Vernón, y su hermana apenas le preguntó acerca de la hija que la confiaba; sólo supo vagamente, que la niña había nacido en Orán y que fué su madre una mujer indígena de gran belleza. El capitán, una hora antes de marchar, la entregó un acta de nacimiento de Teresa, reconociendo á ésta como hija suya y dándole su nombre. Partió para no volver, pues algunos años más tarde murió en Africa peleando.

Teresa creció, partiendo el lecho de Camilo, bajo las tibias caricias de su tía. Gozaba de una salud férrea, y fué cuidada como niña enfermiza, participando de los medicamentos que tomaba su primo, respirando el aire cálido de la habitación ocupada por el enfermito. Horas enteras permanecía como postrada en el fuego de la chimenea, pensativa, mirando con ojos fijos las llamas, sin cerrar los párpados. Aquella vida de convaleciente forzada la replegó sobre sí misma, y adquirió el hábito de hablar en voz baja, de andar lentamente y sin

ruido, de permanecer muda é inmóvil en una silla, con los ojos abiertos y sin mirar á nada. Cuando movía un brazo ó avanzaba un pie veíanse en ella una flexibilidad felina, músculos cortos y potentes, y comprendíase que dormitaban en aquella naturaleza amodorrada energía y pasión inmensas. Cierta día se cayó su primo, vencido por la debilidad: levantóle ella y le transportó con un gesto brusco; este desarrollo de fuerza hizo brotar en sus mejillas dilatados arreboles ardientes. La vida de claustro que hacía, el régimen debilitante á que estaba sometida, no pudieron debilitar su cuerpo delgado y robusto; sólo su faz adquirió matices pálidos ligeramente celrinos y parecía casi fea en la sombra. A veces iba á la ventana y contemplaba en silencio las casas de enfrente, sobre las cuales extendía el sol su manto de oro.

Quando la señora Raquín vendió su comercio y se retiró á la pequeña casa de la orilla del río, Teresa fué sorprendida por una secreta agitación de alegría. Tantas veces la había dicho su tía: «¡No hagas ruido! ¡Estate quieta!», que se había visto obligada á ocultar, en el fondo de sí misma, todo el ardor de la naturaleza. Gozaba de suprema sangre fría y tranquilidad aparente, pero estas cualidades disimulaban arrebatos terribles. Creíase todavía en el cuarto de su primo, cerca de un niño, moribundo, y sus movimientos eran suaves, silenciosos, plácidos, y sus palabras masculladas cual si saliesen de la boca de una anciana; mas cuando vió el jardín, el blanco río, las vastas colinas verdes que se alzaban en el horizonte, sintió que su corazón latía en su pecho con extraordinaria fuerza; sin embargo, no se alteró ni un solo músculo de su rostro, y contentóse con sonreír cuando su tía la preguntó si la agradaba su nueva morada.

Hízosele entonces la vida más llevadera; conservó su aspecto dócil y su rostro tranquilo é indiferente, cual si fuese todavía la niña que había crecido en el lecho de un enfermo; pero su existencia interior, era una existencia ardiente, arrebatada.

Quando estaba sola en el campo, á la orilla

del río, arrastrábase por la hierba tendida de bruces como una bestia, desmesuradamente abiertos sus ojos negros, y retorció su cuerpo cual si fuese á saltar. Permanecía así durante largas horas, no pensando en nada, abrasada por el sol, y feliz de poder escarbar la tierra con sus dedos. Tenía ensueños de loca; miraba con provocación al río, que rugía, y se imaginaba que el agua iba á caer sobre ella y á atacarla; entonces se rebelaba, preparábase á la defensa y preguntándose colérico de qué medio podría vencer á las olas.

Por la noche, ya apaciguada y silenciosa, Teresa cosía cerca de su tía; su rostro parecía dormitar impasible bajo el tenue resplandor que se deslizaba con suavidad por la pantalla de la lámpara. Camilo, medio sepultado en el fondo de una butaca, pensaba en sus adiciones del escritorio, y sólo alguna palabra, en voz muy débil pronunciada, turbaba acaso por un momento la paz de aquel interior silencioso.

La señora Raquín miraba á sus hijos con serena bondad, y había decidido casarles: consideraba siempre á Camilo como niño moribundo, y temblaba ante la idea de que si llegase á faltar ella dejaría á aquél solo y doliente; contaba entonces con Teresa, y se decía que ésta habría de ser un guardián vigilante de Camilo. Su sobrina, con su aspecto de tranquilidad y su muda abnegación, inspirábala ilimitada confianza. La había visto siempre trabajadora, y quería darla á su hijo como ángel guardián. El matrimonio de los dos jóvenes era, por lo tanto, un desenlace previsto, determinado.

Los jóvenes, sabían ya desde tiempo que debían casarse algún día; crecieron con tal idea, que llegó á ser en ellos familiar y naturalísima, y se hablaba de este enlace en la familia como de asunto necesario y fatal. La señora Raquín había dicho: «Esperaremos á que Teresa tenga veintidós años.» y esperaban pacientemente, sin fiebre y sin rubor.

Camilo, á quien la enfermedad había empobrecido la sangre, desconocía los ásperos deseos de la adolescencia; permanecía impasible, como un niño,

delante de su prima; abrazábala como si abrazase á su madre, por costumbre, sin perder un punto de su tranquilidad egoísta; veía en ella una compañera complaciente, que le impedía fastidiarse demasiado, y que, en ocasiones, le preparaba su tisana. Cuando jugaba con ella y la tenía entre sus brazos, creía tener á un chicuelo, sin que despertara en él concupiscencia carnal. Jamás pensó en aquellos momentos en besar los ardientes labios de Teresa, que se resistía, riendo con risa nerviosa.

También ella parecía permanecer fría é indiferente. A veces fijaba en Camilo sus grandes ojos, mirándole durante algunos minutos con la intención de una calma soberana, y sólo se notaban entonces en sus labios pequeños y casi imperceptibles movimientos; nada se podía leer en aquel rostro mudo en virtud de una voluntad implacable, pero siempre lleno de dulzura y cariño. Cuando se hablaba del futuro matrimonio, se ponía grave Teresa, limitándose á aprobar con leve movimiento de cabeza todo cuanto decía la señora Raquín, mientras Camilo se dormía.

En verano, por las noches, iban los dos jóvenes á la orilla del río. Camilo se irritaba con los cuidados incesantes de su madre; rebelábase á ratos, quería correr, ponerse enfermo, librarse de mimos que le causaban náuseas; entonces agarraba á Teresa, provocándola á la lucha, á revolcarse por la hierba. Un día empujó á su prima y la hizo caer; la joven se levantó de un salto, con ímpetu de fiera, con la faz ardiente y los ojos inyectados en sangre, y se precipitó hacia él, llevando levantados y amenazadores los dos brazos; Camilo se dejó caer en tierra. Tenía miedo.

Transcurrieron meses y años. El día fijado para el matrimonio llegó por fin; la señora Raquín llamó aparte á Teresa, hablóla de su padre y su madre, y la refirió la historia de su nacimiento: la joven escuchó á su tía, y después la abrazó sin responder una palabra.

Por la noche, Teresa, en lugar de entrar en su

Teresa Raquín—2

cuarto, que estaba al lado izquierdo de la escalera, entró en el de su primo, que estaba á la derecha: tal fué todo el cambio que se efectuó en su vida aquel día; á la mañana del siguiente, cuando los recién casados bajaron á reunirse, Camilo conservaba aun su languidez de enfermo y su plácida tranquilidad de egoísta, y Teresa tenía siempre su dulce indiferencia, su rostro impassible, de calma aterradora.

III

Ocho días después de su matrimonio, Camilo declaró rotundamente á su madre que descaba salir de Vernón para instalarse en París. La señora Raquín se indignó: tenía ya regulada su vida, y no quería que se cambiase en ella ni aun el detalle insignificante; pero su hijo tuvo un ataque de nervios y amenazóla seriamente con caer enfermo si no cedía á su capricho.

—Yo no he contrariado nunca tus proyectos,—decía él:—me he casado con mi prima y he tomado sin murmurar todas las drogas que me has dado. Déjame una vez siquiera tener voluntad y conformate con mi opinión y mi deseo. Partiremos á fin de mes.

La señora Raquín no durmió aquella noche. La decisión de Camilo trastornada su existencia, pensaba con desesperación en los medios de crearse un nuevo modo de vivir, mas poco á poco fué recobrando la calma, y reflexionó que si el joven matrimonio llegaba á tener hijos, su modesta fortuna no sería bastante para atender á las necesidades de todos. Era indispensable ganar más dinero, volver al comercio y proporcionar á Teresa una ocupación lucrativa. Al día siguiente, habituada ya á la idea de la marcha, ella misma se trazó el plan de una vida nueva.

A la hora del almuerzo, estaba muy alegre.

—Escuchad lo que hemos de hacer—dijo á sus dos hijos.—Iré mañana á París, y buscaré una pequeña mercería; Teresa y yo nos pondremos otra

vez á vender hilo y agujas; esto nos ayudará y entretendrá; tú, Camilo, harás lo que quieras; ó te pascas al aire libre, ó buscas un empleo.

—Encontraré un empleo—respondió el joven.

La verdad era que Camilo descaba irse á París por ambición casi estúpida; quería ser empleado en una gran administración, y se ruborizaba de contento; soñaba ya verse instalado en un vasto escritorio, luciendo mangas de lustrina, y larga pluma de ganso colocada en la oreja.

Teresa no fué consultada, porque siempre había observado una obediencia tan pasiva, que ni su tía ni su marido se tomaban el trabajo de pedirle su opinión. Ella iba á donde iban ellos y hacía lo que ellos, sin una queja, sin un reproche, sin aparentar siquiera que conocía el asunto de que se trataba.

La señora Raquín fué á París, y marchóse directamente al pasaje del Pont-Neuf. Cierta solterona de Vernón la había recomendado á un pariente suyo, que tenía en aquel pasaje comercio de mercería, del cual quería deshacerse. La antigua comerciante halló la tienda algo pequeña y oscura, pero al atravesar París, la asustó el ruido que ensordecía las calles, el lujo que ostentaban los escaparates, y aquella angosta galería y aquellas modestas vitrinas fueron como un recuerdo de su antiguo y pacífico almacén. Creyóse todavía en la provincia y respiró libremente, pensando desde luego que sus queridos hijos serian felices en aquel rincón ignorado; decidióla, además, el módico precio del comercio, cuyo propietario lo cedía por dos mil francos. El alquiler de la tienda y del piso principal de la casa ascendía sólo á mil doscientos francos al año. La señora Raquín poseía unos cuatro mil francos; calculó en fin, que podría pagarlo todo, sin menoscabar su fortuna, y que el sueldo futuro de Camilo y los beneficios del comercio bastarían para cubrir sus escasos gastos diarios; de suerte que, no teniendo necesidad de tocar á su renta para nada, iría acumulando las

ganancias al capital, á fin de dotar á sus nietecitos.

Radiante de alegría regresó á Vernón, asegurando que había encontrado una perla, un agujero delicioso, en pleno París; y ella misma, poquito á poco, pasados algunos días, en sus conversaciones de la noche llegó á considerar la tienda húmeda y oscura, como gentil palacio; vejala, efectivamente, en el fondo de sus recuerdos, cómoda, ancha, tranquila, dotada de mil inapreciables ventajas.

—¡Ah, mi buena Teresa!—decía alegremente.— ¡Ya verás qué felices seremos en aquel rinconcito! ¡Qué tres hermosas piezas en el cuarto principal!... Y luego el pasaje está siempre lleno de gente... Haremos unos escaparates encantadores... ¡Vaya!... Que no nos fastidiaremos...

Despertábanse todos sus instintos de antigua tendera, y daba previos consejos á Teresa acerca de la venta, de las compras y de las astutas socaños del comercio al pormenor. La familia dejó por fin un día la casita de la orilla del Sena, y por la noche se instaló en el pasaje del Pont-Neuf.

Cuando Teresa entró en la tienda donde había de vivir en lo sucesivo, parecióle que bajaba al hediendo hueco de una fosa.

Una especie de náusea la apretó la garganta y sintió estremecimientos miedosos: miró la sucia y húmeda galería, visitó el almacén, subió al cuarto principal, y dió una vuelta por aquellas desnudas habitaciones, sin muebles, frías, espantosas en su soledad y abandono; pero no hizo un gesto de desagrado, no pronunció una sola palabra: quedóse como helada. Cuando su tía y su marido bajaron á la tienda, ella se sentó en un baúl, con las manos rígidas y la garganta preñada de sollozos, pero no pudo llorar.

La señora Raquín, en presencia de la realidad, quedóse algo cortada y como vergonzosa de sus ensueños. Intentó defender su adquisición: hallaba un remedio para cada inconveniente que se ofrecía; explicaba la obscuridad alegando que el tiempo

estaba nublado, y concluía por decir que bastaría un escobazo para dejar la casa limpia.

—¡Bah!—respondió Camilo, todo esto es muy aceptable... Además, sólo subiremos aquí por la noche, y lo que es yo, nunca vendré antes de las cinco ó de las seis... vosotras dos, siempre juntas no os fastidiaréis.

Si él no hubiese contado con las tibias dulzuras del ambiente de su escritorio, jamás habría consentido en vivir en aquel cuchitril; pero decíase que durante todo el día tendría calor en su administración, y que por la noche se acostaría temprano.

Durante más de una semana duró el desorden en la tienda y en las habitaciones. Desde el primer día Teresa tomó asiento detrás del mostrador, y apenas se movía de aquel sitio. La señora Raquín extrañó su abatimiento; ella creyó que Teresa procuraría embellecer su vivienda, poner macetas y flores en las ventanas, pedir papeles nuevos para las paredes, cortinas, tapices, pero cuando ella misma proponía alguna reforma, algún adorno:

—¿Para qué—contestábale tranquilamente su sobrina.—Estamos muy bien, no hay necesidad de lujo...

La señora Raquín fué quien tuvo que arreglar un poco los cuartos y poner en orden los objetos de la tienda. Teresa acabó por impacientarse viéndola dar vueltas constantemente ante sus ojos; obligóla á sentarse á su lado y ajustó á una mujer para que hiciera las labores de la casa.

Camilo estuvo más de un mes sin hallar empleo. Habitaba en la tienda lo menos posible, vagaba todo día de calle en calle y de plaza en plaza. Llegó á aburrirse de tal manera, que habló de regresar á Vernón; mas entonces precisamente obtuvo destino en la administración del camino de hierro de Orleans, con sueldo de cien pesetas mensuales. Vió realizado su ensueño.

Salía de su casa á las ocho de la mañana, bajaba por la calle Guénégaud, y llegaba á los muelles; paso á paso con las manos en los bolsillos, seguía por

la orilla del Sena, desde el Instituto, hasta el Jardín de Plantas; aquel largo paseo que verificaba dos veces al día, no le pesaba; deteníase á ver cómo se deslizaba el agua y cómo flotaban los cargamentos de madera. No pensaba absolutamente en nada; solía quedarse plantado en frente de la Iglesia de Notre-Dame contemplando la andamiada que ceñía á la iglesia, entonces en reparación, y aquellas enormes piezas de carpintería le distraían, sin que él supiese por qué.

Después, siguiendo más allá, echaba una mirada hacia Port-aux-Vins, y contaba los coches que volvían de la Estación. Por la tarde, medio alurdido, confuso el cerebro por alguna historia tonta referida en el escritorio, atravesaba el Jardín de Plantas, y si no tenía prisa, acercábase á las jaulas de los osos; allí permanecía media hora asomado encima del foso siguiendo con atenta mirada los movimientos de las fieras que se balanceaban pesadamente; le agradaba el aspecto de aquellos enormes animales, y los examinaba, estudiando su movimientos, con la boca abierta y los ojos desmesuradamente dilatados, disfrutando estúpidos goces; decidíase, por fin, á volver á su casa, arrastrando los pies y mirando á los transeúntes, los coches y los comercios.

Tan pronto llegaba, comía ó se ponía á leer. Compró las obras de Buffón, y todas las noches se imponía la lectura de unas veinte páginas, á pesar del fastidio que le producía: leía además la *Historia del Consulado y del imperio*, de Thiers, publicada por entregas de 10 céntimos, la *Historia de los Girondinos*, de Lamartine, y algunos libros de vulgarización científica, figurándose que de aquel modo perfeccionaba su educación; algunas veces obligaba á su mujer á escuchar algunas páginas y ciertas anécdotas, y asombrábase grandemente de que Teresa pudiera permanecer pensativa y silenciosa en las pesadas horas de la noche, sin caer jamás en la tentación de tomar un libro, confesándose en su interior que su mujer carecía de inteligencia.

Teresa rechazaba los libros con ademán de impaciencia; prefería estar ociosa, con los ojos fijos y el pensamiento flotante y perdido; conservaba un humor siempre igual; toda su voluntad consistía en hacer de su propio ser un instrumento pasivo, de complacencia y abnegación supremas.

El comercio era bien escaso, y los beneficios mensuales casi idénticos. Formaban la clientela unas cuantas obreras del barrio, y de cinco en cinco minutos entraba en la tienda alguna muchacha que compraba por valor de pocos céntimos; servía Teresa á sus parroquianas con palabras siempre semejantes y con una sonrisa que parecía empujada mecánicamente á sus labios; en cambio, la señora Raquín se mostraba más afable, más habladora; siendo ella, en verdad, la que atraía y conservaba la clientela.

Durante tres años los días se sucedieron con imperturbable monotonía. Canilo no faltó á su escritorio una vez siquiera; su madre y su mujer apenas salieron de la tienda. Teresa, viviendo en la sombra húmeda, en el silencio profundo é insoporrible, veía la existencia alargarse ante ella, en toda su desnudez, ofreciéndola fatalmente cada noche el mismo lecho frío y cada mañana la misma jornada vacía.

IV

De los siete días de la semana, únicamente el jueves, la familia Raquín recibía á sus amigos. Encendíase una gran lámpara en el comedor y poníase á la lumbre una cafetera con agua para hacer el té.

Era toda una operación. Aquella velada era diferente de las demás; había ido pasando en las costumbres de la familia como una orgía de burgués. Acostábanse todos á las once de la noche.

La señora Raquín halló en París á uno de sus viejos amigos, el comisario de policía Michaud, que había desempeñado igual destino en Vernón por espacio de veinte años, habitando en la misma casa donde vivía la mercera; establecióse entre

ellos estrecha intimidad, pero cuando la viuda vendió su comercio para vivir en la casita de la orilla del Sena, se fueron perdiendo de vista poco á poco. Michaud abandonó la provincia algunos meses después, y fué á París, calle del Sena, á comerse tranquilamente los mil quinientos francos de su jubilación. Cierta día de lluvia había encontrado á su vieja amiga en el pasaje de Pont-Neuf, y por la noche quedóse á comer en casa de los Raquín.

Así comenzaron las recepciones de los jueves. El antiguo comisario de policía adquirió la costumbre de ir puntualmente allí una vez por semana, y acabó por presentar á su hijo Olivier, buen mozo, unos treinta años de edad, seco y delgado, que estaba unido en matrimonio á una mujer muy pequeña, indolente y enfermiza. Olivier ocupaba en la prefectura de policía un empleo de tres mil francos anuales, que Camilo envidiaba singularmente, y era oficial primero del negociado de Orden y Seguridad Pública. Teresa desde el día de la presentación, detestó á aquel muchacho tieso y glacial, que creía honrar la tienda del pasaje exhibiendo en ella la tiesura de su cuerpo alto y los desfallecimientos de su pobre mujercita.

Camilo introdujo otro contertulio, un viejo empleado en el camino de hierro de Orleans; llamábase Grivet; hacía veinte años que trabajaba en la compañía, y percibía un sueldo de dos mil cien francos: él era quien distribuía el trabajo á los empleados en el escritorio de Camilo, y éste que le profesaba algún respeto, soñaba con frecuencia y decíase que Grivet había de morir un día ú otro, y que él le rememplazaría tal vez, al cabo de una docena de años. Grivet quedó encantado del afectuoso recibimiento de la señora Raquín, y volvió todas las semanas con regularidad perfecta. Después de seis meses, su visita del jueves era para él un deber: iba al pasaje de Pont-Neuf, como iba todas las mañanas á su escritorio: mecánicamente, guiado por un instinto de bruto.

Las reuniones llegaron á ser encantadoras: á las

siete la señora Raquín encendía lumbre, ponía la lámpara en medio de la mesa, colocaba un juego de dominó á su lado, y limpiaba el servicio del té, que relucía en el aparador. A las ocho en punto el viejo Michaud y Grivet se encontraban delante de la tienda, viniendo el uno de la calle de Seine, y el otro de la calle Mazarine; entraban, y toda la familia subía al piso principal; sentados junto á la mesa del comedor, esperaban á Olivier Michaud y su mujer, que siempre eran los últimos en llegar; estando ya la reunión completa, la señora Raquín vertía el té en las tazas, mientras Camilo volcaba sobre el hule la caja del dominó; en seguida cada cual se engolfaba en el juego, y sólo se oía el ruido de las fichas. Al acabarse una partida, los jugadores se querellaban durante dos ó tres minutos, y volvía después á reanudarse el silencio, silencio monótono, cortado únicamente por el ruido seco de las fichas.

Teresa jugaba con una indiferencia que irritaba á Camilo, tenía en la falda á *Francisco*, el gato atigrado que la señora Raquín había traído de Vernón, y le acariciaba con una mano, mientras con la otra colocaba las fichas. Las veladas de los jueves eran para ella un verdadero suplicio, y á menudo se quejaba de algún malestar, de una fuerte jaqueca, para no jugar y permanecer ociosa y medio dormida. Con un codo sobre la mesa y la mejilla apoyada en la palma de la mano, miraba á los contertulios de su tía y su marido, y los veía á través de una especie de niebla amarillenta y humeante que salía de la lámpara. Todas aquellas cabezas la exasperaban. Miraba á uno y después á otro, con disgusto profundo, con sorda irritación. El viejo Michaud tenía un rostro lívido y salpicado de manchas rojas, un semblante inerte de anciano añorado; Grivet ostentaba su estrecha máscara, con ojos redondos y labios delgados de idiota; Olivier, cuyas mejillas estaban salientes y aguzadas por los huesos, llevaba gravemente sobre su ridiculo cuerpo, una cabeza erguida, tiesa é insignificante; en cuanto á Susana, la mujer de Olivier, era extrema-

damente pálida, tenía la mirada incierta, los labios blancos y el semblante inexpresivo. Teresa no hallaba un hombre, ni un sér viviente siquiera, entre aquellas criaturas grotescas y siniestras con quienes estaba encerrada; y algunas veces, alucinada, creíase arrojada al fondo de un sepulcro, en compañía de cadáveres mecánicos, que movían la cabeza y agitaban las piernas y los brazos por medio de resortes. El aire denso del comedor la ahogaba; el silencio estremecedor y los fulgores amarillentos de la lámpara, la infundían espanto vago, angustia indefinible.

Habían colocado en la puerta de la tienda una campanilla, cuyo agudo sonido anunciaba la llegada de las parroquianas. Teresa prestaba atención, y cuando oía aquel timbre agudo, bajaba rápidamente, como aliviada, feliz, de dejar el comedor; despachaba despacio á la parroquiana, y quedando sola, sentábase detrás del mostrador, permaneciendo allí el mayor tiempo posible, temiendo subir, dichosa de no ver ante ella ni á Grivet ni á Olivier.

El aire húmedo de la tienda calmaba la fiebre que la enardecía, y se aletargaba nuevamente en aquella somnolencia pesada que era en ella peculiar.

No podía permanecer así mucho rato; Camilo se sublevaba con la ausencia de Teresa, y no comprendía que los jueves su mujer prefiriese la tienda al comedor. Entonces dejaba su asiento, asomábase por la escalera, buscando á su esposa con la mirada:

—¡Eh! ¡Teresa!—gritaba: ¿Qué haces ahí? ¿Por qué no subes?... Grivet tiene una suerte endemoniada. ¡Acaba de ganarnos otra partida!

La pobre muchacha se levantaba penosamente, subía, ocupaba de nuevo su asiento en frente del viejo Michaud, cuyo labios colgantes dibujaban repugnantes sonrisas; y hasta las once, Teresa yacía allí, clavada en la silla, acariciando á «Francisco», el gato atigrado, para no ver los muñecos de cartón que gesticulaban á su alrededor.

El jueves, Camilo, al regresar de la oficina, fué á su casa en compañía de un mocetón alto, de anchas espaldas, á quien empujó en la tienda con ademán familiar.

—Madre—dijo á la señora Raquín, presentándosele,—¿reconoces á este caballero?

La anciana mercera miró al arrogante mancebo, trató de recordar algo, y no halló nada. Teresa observaba esta escena con aire plácido.

—¡Cómo!—repuso Camilo. ¿No cooces á Lorenzo, al pequeño Lorenzo, el hijo de aquel Lorenzo que tenía tan hermosos campos de trigo en el término de Jeufosse?... ¿Pero no te acuerdas?... Eramos compañeros de colegio y él venía á buscarme todas las mañanas al salir de casa de su tío que era vecino nuestro, y tú le dabas pan con confitura.

La señora Raquín se acordó súbitamente de aquel pequeño Lorenzo, á quien hallaba ahora muy crecido. Hacía veinte años que no le veía.

Quiso hacerle olvidar en breve su extraño recibimiento y le colmó de sonrisas y zalamerías maternales. El, sentándose, sonrió tranquilamente, contestando con voz clara y dirigiendo alrededor de sí plácidas y escudriñadoras miradas.

—Figuráos—añadió Camilo,—que este pícaro está empleado en la estación del camino de hierro de Orleans hace ya dieciocho meses, y no nos hemos encontrado y reconocido hasta esta noche. ¡Cuidado que es grande é importante esta administración!

Y al decir esto, el joven abría desmesuradamente los ojos mordiéndose los labios, orgulloso de ser una modesta rueda de aquella tan admirable máquina. Y continuó después, moviendo la cabeza:

—¡Oh! pero él goza de buena salud; ha estudiado, y gana ya mil quinientos francos anuales... ¡Como que su padre le puso en un colegio, estudió Derecho y aprendió la Pintura! ¿No es verdad, Lorenzo?... ¡Ea! ¡Hoy comes con nosotros!

—Bueno—respondió Lorenzo con la mayor fran-